
CAPILLADA 125. (73 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis juvenis incautus dixerit
facciosos non esse peritos in ma-
teria pixidum, anathema sit.*

Si algun joven incauto dijere que los facciosos no es gente entendedora en materia de brújulas, le atravieso de parte á parte.

CONC. 4. GER. CAN. 21.

EL MAPA.

¿Qué buscas, Tirabeque, con tanto afan y tan esquisita diligencia?—Señor, busco la mapa.—¿La mapa de qué?—La mapa del mundo Señor.—Ardua y penosa empresa acometes, Peregrin, y en mal sitio te se ha antojado buscarla. En una celda humilde, en este modesto albergue de dos esclaustrados te prometes hallar la mapa del mundo! Aquí no hay mas mapa que tú; y aun tú mismo, si tal cual vez pareces la mapa de los legos, otras que son las mas

te portas y produces como si fueses la escoria y desperdicio de la clase.—Muchas gracias, Señor. Pero no es esa mapa la que yo buscaba, sino la *mapa mundi*.—Será el *mapa-mundi* en ese caso.—Sí señor, la *mapa mundi*.—Pero no has de decir *la* sino *el*; que no es del género femenino sino del masculino.—Pues qué ¿no se dice: «fulano es la mapa de los generales, mengano es la mapa de los escritores; perencana es la mapa de las buenas mozas de Madrid?—Así es la verdad; pero eso se dice en sentido de ser una cosa la flor, la nata, la espuma, lo esquisito y selecto de su género ó especie. Mas cuando se habla de un atlas, ó de una carta geográfica cualquiera, á que damos tambien el nombre de mapa, se dice el mapa y no la mapa. El caso es que el *mapa-mundi*, ó descripción geográfica del globo, que parece ser el que tú pides, no le tenemos en casa, y así es escusado que te mortifiques en buscarle.—Con tal que tuviera vd. el de España, Señor....—El de España aquí le hay. Pero me sorprende tu petición, porque no sé yo qué uso puedas acertar á hacer del mapa, á no ser que por ensalmo hayas adquirido algunos conocimientos geográficos ó topográficos que no tenías.—Señor, eso de topos y grajos no vá conmigo: yo solamente

quiero saber donde está la brújula y cómo es esa brújula.—La brújula es esta agujita que está puesta para señalar el norte ó parte septentrional de la carta.—Esa, esa es la que busco yo, Señor, la brújula del norte, que ya me habian dicho á mí que la brújula era una aguja. Ahora me falta ver donde tiene el ojo esta aguja.—¡Qué simplezas tienes, Pelegrin! ¿Crées acaso que es alguna aguja de coser?—Ya sé que no es aguja de coser, Señor; pero se enhebran por ella hilos muy gordos.—¡Hilos muy gordos!—Sí señor, hilos muy gordos: escuadrones enteros de caballería: con que mire vd. si son hilos bien gordos.—Vaya, estás demente, hombre.—Señor, ó esta no es la brújula, ó la brújula debe tener un agujero muy grande. Y sinó dígame vd.: ¿por dónde se enhebró Balmaseda con su par de escuadrones á la sierra de Burgos? ¿No fué por la brújula?—Ya me parecía á mí que habias de salir con una de tus acostumbradas sandeces.

Por la Brújula fué, es verdad. Pero no por esta brújula, sino por un sitio así llamado, no lejos de Burgos.—Pues ahora digo yo otra cosa: ¿por qué no tenían bien tapado el ojo de aquella brújula? Sino que parece que lo mismo se deja enhebrarse facciosos por ojos de brújulas,

como se enhebran hebras de seda ó hilo por ojos de agujas.—¿Pero quién le habia de tapar, bobo?—Las tropas, Señor.—Eso es; tendremos, si te parece, tropas para tapar todos los agujeros. Además que la dificultad no estaba en pasar la Brújula, sino en pasar la línea del Ebro, lo cual tuvo la suerte de verificar por la estrema izquierda de la de nuestras tropas. Eso, ya ves, ¿cómo se ha de impedir? Pero al momento se tomó la medida de destacar algunos escuadrones para perseguirle; y cuenta con que su derrota es infalible. Mucho mas habiendo la ventaja de que no puede volver al pais enemigo, por ser uno de los sentenciados á muerte por D. Carlos.—Por Maroto dirá vd., Señor.—Es verdad, por Maroto, que ese es allí el rey por ahora, hasta que D. Carlos dé algun otro decreto sentenciando á muerte á Maroto y á todos los marotistas.

Y dígame vd., mi amo, el hermano Baldomero entró á dar los palos del sainete á los de la comedia del otro dia?—No, hombre; en el teatro moderno no se usan ya sainetes que rematen en palos. Pero en cambio de eso avanzó despues desde Lodosa á Logroño.—Déme vd. el mapa-mundis, Señor, á ver cuántas leguas avanzó. ¡Ola, ola! Pues hay

una jornadita. ¿Pero está mas allá, ó mas acá? — ¡Mira qué geógrafo este! ¿No ves á Logroño mas hácia nosotros? ¿mas hácia el mediodia? — Perdone vd., Señor, que nosotros mas estamos hácia la noche que hácia el mediodia, que ya son cerca de las cinco de la tarde. — Quiero decirte que Logroño está mas hácia el polo antártico: mas acá, para que lo entiendas mejor. — Entonces avanzó hácia atrás, Señor. — Avanzó hácia donde convendría. — ¡Ah Señor! bien hice yo el otro dia en no querer levantar la pata hasta ver en qué quedaba la comedia. Y ahora le digo á vd. que mientras por los ojos de las brújulas se enhebran Balmasedas, y mientras el hermano Baldomero avanza hácia el mediodia, no levanto yo la pata aunque se empeñe el mundo entero. — Ya se vé; como tú ni eres geógrafo, ni estratégico, no sabes lo que conviene. — Señor no sabré; pero yo no levanto la pata; y tengo dicho.

SANCHO Y OLÓZAGA.

Y
 San Pedro y Cristo bajaban
 por una escalera abajo.....
 mas no, que los que bajaban

eran Olózaga y Sancho.

Cayó Pedro, y Cristo dijo,
¿te has hecho daño, muchacho?
Pero no, que quien lo dijo
fué Sancho á D. Salustiano.

Y respondióle San Pedro.....
Mas yo debo estar borracho:
¿qué San Pedro, ni qué Cristo,
si esto no es cosa de santos?

Respondió Olózaga (digo)
al bueno de Sancho el Bravo,.....
miento, que no hay tal brabura,
que fué á Sancho el diputado.

«No hay novedad, Sancho amigo.
¿Y usted San Pedro, que es calvo.....?»
¡Otra! Ni calvo, ni Pedro,
que era Sancho el pelicáno.

Dijo Sancho, «yo tampoco.»
—Vaya, usted se ha lastimado.
—Pues yo tengo la aprension
que usted se ha roto algun brazo».

Y uno á otro se miraban;
y como cayeron ambos,
uno á otro se decian;
«¿ en qué habremos tropezado?»

Miraban en derredor,
y al ver todos los peldaños
sin hoyos ni prominencias,
sin chinitas, ni chinarrros,

Mirándose de hito en hito
estuvieron un gran rato,
al cabo del cual dijeron;
«sin duda hemos resbalado.»

Y volvieron á mirar
si alguna cáscara acaso
de melon ó de sandía
fué la causa de su *lapsus*.

Nada vieron, y otra vez,
y otra y otra se miraron.

«Sancho, ¿es cierto que caímos?»

—«¿Caímos, D. Salustiano?»

—De mi caída estoy cierto.

—Yo he caído á no dudarlo.

—Sancho, el demonio anda aquí.

—Olózaga, aquí anda el diablo.

Sancho, Sancho! yo sospecho
que vd. esta empecatado.

—Usted le tiene reciente,

Olózaga, vamos claros.

—Yo aseguro á usted que estoy
limpio y puro, Sancho hermano.

—Olózaga, juro y voto
que no me he desayunado.

—¿Pero es cierto que caímos?

—Caimos.—¿Los dos?—Entrambos.

—¿Pues cómo fué, Sancho amigo?

—Cómo fué, D. Salustiano?

—Usted, hermano, se ha hecho
de poco acá un exaltado.

—No hay tal, Olózaga.—Entonces
será por ser moderado.

—Tampoco.—Pues por anfibio.

—Anfibio yo...!—Por ser gato.

—Por ser... el diablo que lleve
á usted y al que me ha tumbado.

Yo del tribunal de Guerra,
no ministro, ministrazo;
declarado inamovible
por decreto Arrazolano:

Yo el Sancho del buen callar;
yo que tan á tiempo callo,
que para mi solamente
parece se hizo el adagio:

Yo el Sancho de mas ensanches,
yo en fin el Sancho mas Sancho,
yo, sin decirme «agua va»
de este modo chapuzado!!

Haré una revolucion....!

—¿Cómo qué...!—Olózaga, la hago.

—Témplese, hermano, un poquito.

—Olózaga, lo he jurado.

Asi en las Constituyentes
lo dije; alli consignado
estará mi voto; y voto
que no retrocedo un paso.

—Templanza, Sancho, templanza.

—No puedo templarme, hermano.

—Ríase usted como yo.

—Rabie usted como yo rabio.

—Tambien de Guerra y Marina
era yo Fiscal Togado,
y me rio y reiré
de un gobierno tan menguado.

—Yo ofrecí revolucion,
si era llegado este caso.

Llegó, Olózaga, llegó.

—Pues bien llegó, hermano Sancho.

—¿Pero cual será el pretesto....

—¿Pero, qué habrán inventado....

—¿Qué achacarán? Yo me rio.

—¿Qué acomularán? Yo rabio.»

Y en esto que asi se hallaban
discurriendo y altercando,

se presenta Tirabeque
de un pie cojo y de otro sano.

II.

«Salud, hermanos, les dice;
os estais perdiendo en cálculos:
¿quién os manda á Tirabeque
remedar en el cenáculo? (1)

«¡Hacer de lego y Gerundio
los Olózagas y Sánchicos!
Abi es nada! Unos acólitos,
que nunca vistieron hábito!

«¿Quién pidió al amo permiso?
¿Quién buseó mi beneplácito?
¿Asi los nombres se usurpan
de un Padre y Lego seráficos?

¿Tirabeque soy yo solo,
desde aqui al mediterráneo,
ni Fr. Gerundio hay mas que uno
en todo el orbe terráqueo.

«¡Y luego sin darme un sorbis
de aquel licor aromático,
qué fuera para mi estómago
un bálsamo anti-reumático!

«En pena de ello sufris

(1) Capillada 119; artículo primero.

este golpe diplomático,
aumentando (asi me alegro)
de cesantes el catálogo.»

Yo Fr. Gerundio que oí
los disparates tan clásicos
del sandio de Tirabeque,
acudí como un relámpago;

«Hermanos, por Dios, les dije,
no hagan caso de este zángano;
y entiendan que su caída
no fue por lo del cenáculo.

Examínen su conciencia,
hermanos, echen sus bártulos
y miren si hallan la causa
de aqueste golpe enigmático.»

A esto el díjito á la boca
aplicó Sancho el galápago,
como aquel que algo recuerda,
ó como quien echa un cálculo.

Y dándose una palmada
allá hácia el hueso ciático,
cual si le picára un cínife,
ó le acribillára un tábano;

Ya discurro, dijo á Olózaga,
el pretesto del escándalo;
ya sé por qué nos derriban

aquellos almas de cántaro.

¿Se acuerda usted del dictamen que usted cual Fiscal impávido dió en esa causa de Córdoba, y yo exaré con mi cálamo;

Y despues el Tribunal adoptó en todos sus párrafos, como justo á todas luces, cual saben todos los prácticos?

Pues ese para el gobierno ha sido sin duda un cáustico, y la caida dispuso de este par de lapidarios.

—¡Hermano Sancho, por Cristo!
Sancho hermano, por San Dámaso!
¿Fuera el gobierno tan mísero,
habrá un ministro tan párvulo,

Que en pena de hacer lo lícito
diera un golpe tan arábico?
No lo hiciera allá en Arévalo
el regidor mas gahnápiro.

—No ha sido otra cosa, Olózaga,
lo juro por este báculo:
no ha sido mas que el dictámen.

—¿Qué dictámen, ni qué rábano?

¿Pues qué; estamos entre Sármatas?

¿pues qué; estamos entre cuácaros?

¡La independendencia jurídica.....!!!

—¡Olózaga, estais socrático.

Yo apelo de Fr. Gerundio

al voto sincero y cándido.

—«Hermanos, ese es del público

el mas admitido cálculo.»

—«Sancho, ¿y la revolucion?

—Olózaga, y el carámbano?

Usted parece un Demócrito.

--Y usted, Sancho, es un Heráclito.»

Tirabeque que escuchaba

muy atento todo el diálogo,

en estos versos esdrújulos

dió desahogo á su ánimo.

Hermanos, con un golpe tan estrambótico

os aseguro que estoy tan estático,

que si como soy lego fuera catedrático,

puede que le llamára despótico.

Bah, bah, bah !Si se ha de quitar *al libitum*

á cualquier respetable magistrático,

porque le dé al gobierno el antojitulo,

vale mas no saber el *máscula sunt máribus*.

y ser un simple legatário:

Amen Jesus.

CIRCULAR DE TIRABEQUE.

¿Qué escribes ahí, Pelegrin?—Señor, una locucion.—Una alocucion! ¿Y á quien?—Primero la iba á dirigir á los gefes políticos, pero despues me ha parecido mejor encajarsela á los pueblos.—Hombre, tu te me vas subiendo á mayores. Tu vas á arrojar la tea de la diseordia entre los pueblos leales, como el P. Lárraga entre los navarros con la alocucion que les ha dirigido desde Bayona. Faltaba ahora que tú me quisieses levantar los pueblos.—No señor; antes es para que se esten quietos y sosegados.—Pues qué; ¿están alborotados por ventura? Cabalmente y por fortuna nuestra jamas les he visto mas pacificos y mas sumisos.—Pues por eso, señor.—Pues bien digo yo que pretendes alborotarlos.—Todo al contrario, señor.—¿Y quién diablos te entiende entonces? Vamos á ver esa circular.—Todavía no está concluida.—

«Pueblos míos.....—Escelente principio, Tirabeque. ¿De cuándo acá son los pueblos tuyos? No digera otro tanto el autócrata de las Rusias, cuanto mas un simple y miserable lego español. Amigo, eso no puede pasar.—Vd. no entiende, Señor. Se lo digo por cariño. Cuando queremos mucho á una persona, ¿no le deci-

no.—Pelegrin, este párrafo es incitador á la desobediencia en primer grado. Esto no puede ir.—Si no hace vd. mas que truncar, Señor. Truncando así, aunque sea las palabras de Cristo parecerán heregías.—En fin, veremos en qué pára. » Os mandó el gobierno que hiciérais la quinta para el 15 de febrero, y así lo hicisteis á lo tonto. Os mandó que entregárais al instante los quintos, y á lo tonto están ya casi todos en sus respectivas cajas. Y ahora el gobierno dá las gracias á los gefes políticos por la puntualidad y por el celo que han manifestado.»—Pero hombre, ¿y en esto encuentras qué criticar?—Señor, por Dios no trunque. Siga leyendo la locuacidad.—La alocucion, majadero. Pero en parte dices bien, porque mas es locuacidad que alocucion.

«En eso conozco yo, pueblos mios, que sois unos pobres palurdos. Aqui en la corte, donde está todo el saber, y donde todos vemos de cerca al gobierno, y el gobierno lo ve todo de cerca, no se hacen semejantes tonterías. Cuando vosotros teníais despachada ya vuestra quinta, aqui en la corte todavia no se habian hecho las listas; que el dia 26 se sacó á pública subasta la impresion de ellas: á pública subasta, pueblos mios! como el abasto del aguardiente y del mos «hijo mio, ó hija mia» aun cuando no sea hija nuestra?—Eso es verdad.—Pues ahora siga vd. leyendo.—«Pueblos mios, pareceis tontos...—El tonto y retonto eres tú, hombre; esto no se puede leer.—Siga vd., Señor, que no soy tan tonto como vd....—¿Como yo, dices, desvergonzado?—Como vd. piensa, Señor; no deja vd. á

uno hablar. Siga vd., siga vd.—«Pueblos míos, pareceis tontos. No haceis mas que obedecer y cumplir sumisamente las órdenes del gobierno alla entre vosotros: y el dia 26, pueblos míos! cuando vosotros ya teníais los cupos en los depósitos! Y hoy es el dia que en esta corte duerme la quinta como un liron. Con que mirad si sois tontos, pueblos míos....—No hay mas escrito, Tirabeque.—Mas pensaba escribir, señor; pero paréceme que es bastante.—Pero esto es suersivo, Pelegrin.—Señor, déjeme vd. de suersivos ni suersivas. Lo que yo quiero solamente es que sepan mis pueblos, que aqui en la corte que debian dar ejemplo del pronto cumplimiento de las órdenes, son siempre los últimos en cumplirlas.—¿Pero no ves que estamos en la España de los vice-versas, tonto?—Pues entonces que no estrañe el gobierno, y el ayuntamiento y la diputacion que Tirabeque les alumbre capilladas asi á lo vice-versa.

En la librería de D. Juan Sanz, calle de Carretas, se admiten suscripciones para socorrer á la anciana viuda de un benemérito brigadier sacrificado en las aras de la patria, la cual se halla en la última indigencia. Fr. Gerundio es-cita la filantropía del público de Madrid, y principalmente la de sus suscritores, para que contribuyan á tan benéfico objeto.

[Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.]